

EUCARISTÍA Y ANUNCIO DEL EVANGELIO¹²⁰

¿Cómo sobrellevar la distancia aplastante entre la Palabra del Evangelio, que parece concentrar en sí toda la esperanza del mundo, los deseos más profundos que el hombre hubiera pronunciado jamás –palabras de liberación, de paz, de vida– y la realidad en la que nos encontramos con un hondo sentimiento de mediocridad, insuficiencia y, por lo mismo, necesariamente de frustración? ¿Cómo sobrellevar el desgarrón de muertes que cubren el mundo y de los inexplicables conflictos que surgen entre los hombres cuando el Evangelio es el anuncio del don de la vida que Dios da en plenitud? ¿Cómo sobrellevar la aparente ineficacia de la Palabra de Dios que durante miles y miles de años surge de lo profundo y resuena sobre toda la faz de la tierra? ¿Cómo soportar la acusación que nos hacen algunos hermanos a quienes la Palabra les ha sido transmitida y que se vuelven contra una Iglesia que ha mantenido por siglos esta Palabra liberadora como un tesoro escondido? ¿Cómo sobrellevar la acusación de haberla guardado sólo para nosotros, de haberla escondido e impedido dar su fruto, de ser los ricos del mundo en el anuncio de la Palabra de Dios a los pobres?.

¿Estamos, entonces, condenados a la hipocresía o a la ineficacia? A menudo en la conciencia cristiana hay una intolerable dicotomía entre el calor de la fraternidad que aparentemente demostramos entre nosotros para agradecer un amor que confesamos recibir y, al mismo tiempo, la incapacidad de afrontar el odio que nos envuelve. ¿Forzosamente hay una oposición entre el perdón y el amor otorgado en la Comunión eucarística y la lucha violenta sin la cual algunos dicen que los pobres morirán siempre de hambre? ¿Deberemos, necesariamente, vivir la Gracia que nos ha sido concedida como un abuso o como un escándalo? ¿Cómo soportar la imagen del mundo en el que vivimos, en este final del siglo XX, en el inicio del tercer milenio, cuando vemos las desgracias, los males, las venganzas crecer en desmedro de la esperanza de los hombres? Nunca, sin embargo, como hoy los medios y los deseos por mantener la paz han sido tan fuertes y nunca como hoy las venganzas, los asesinatos, las crisis parecieran ser más violentas.

¿Será necesariamente ineficaz y desconocida la Palabra del Evangelio? ¿Estamos, forzosamente, condenados a la irrealidad, al aislamiento, a la irrisión? Recordamos las palabras del Profeta Amós: “Yo detesto, desprecio vuestras fiestas y no gusto el olor de vuestras reuniones. Si me ofrecéis holocaustos, no me complazco en vuestras oblaciones, ni miro sacrificios de comunión de novillos cebados. Aparta de mi lado la multitud de tus canciones, no quiero oír la salmodia de tus arpas. ¡Qué fluya, sí, el juicio como agua y la justicia como un torrente inagotable! (5,21-24).

Si consideramos esta acusación como directa para nuestras reuniones, si estos reproches nos abruma, el disgusto que a nosotros mismos nos invade en la medida en que pensamos ser un disgusto para Dios ¿cómo podemos presentarnos a ofrecer el sacrificio de Cristo?.

Otra preocupación viene a nuestra mente. Recordemos las palabras de Jesús a la Samaritana: “Créeme, mujer, que ha llegado la hora en que ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora (ya estamos en ella), en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que lo adoran, deben adorarlo en espíritu y verdad” (*Jn*

¹¹⁹ Arzobispo de París

¹²⁰ Tradujo: María Delia Alonso, obl. Monasterio Gozo de María (San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina).

4,21-24).

¿Estas palabras no nos harían pensar que el verdadero culto sería el culto sin culto? La verdad del Evangelio podría ser vivida en todas partes, no habría ningún lugar en el mundo en el cual la Iglesia pudiera reposar, como el Hijo del Hombre no tenía una piedra para apoyar su cabeza. ¿Esta palabra de Jesús no nos condenaría en la fidelidad misma al Evangelio y al Espíritu que el Señor nos da y a la adoración que nos pide?

Estos pensamientos podrán presentarse de otra forma pero golpean nuestra mente en la experiencia cotidiana de la vida cristiana. Cuantos pertenecen a pequeñas y pobres comunidades, viven en una gran soledad espiritual con el dolor de que los jóvenes disientan, de que las palabras del Evangelio resulten débiles y de que la fisonomía que nosotros damos de la Iglesia no es la que deberíamos dar. Pobreza que puede volverse trágica si se olvida qué es lo que, en profundidad, da la vida.

Debemos invocar al Señor para que nos conceda la Gracia de comprender el don que nos ha sido dado y que constituye realmente el misterio eucarístico tal y como Dios quiere que lo vivamos. Podremos entonces comprender mejor qué vínculo íntimo, y fuerte se establece entre el misterio eucarístico de Cristo en su Iglesia y el anuncio del Evangelio, poder de Dios que se manifiesta a través de la debilidad de los que Dios ha llamado (a su servicio). Ruego a Dios que nos toque el corazón en esta ocasión y hoy –porque es lo que ahora nos pide– nos dispongamos a comprender que es la Eucaristía la que actúa y nos convoca.

Si es verdad que somos pecadores; si es verdad que constantemente traicionamos al Señor que nos ha llamado; si es verdad que nuestros actos desmienten lo que Dios nos ha dado a entender y descubrir; si es verdad que nuestros corazones están muy endurecidos; si es verdad que muchas veces somos infieles, no tenemos el derecho de juzgar la Eucaristía porque la Eucaristía no nos pertenece. Somos pecadores aferrados al perdón y al amor del Hijo en la Eucaristía. Comprendemos, entonces, cómo el juicio de Dios debiera anonadarnos y la terrible palabra de Jesús se nos aplicaría *ipso facto*: “Sería mejor atarse una piedra al cuello y echarse al mar” porque escandalizamos a los débiles, a los pobres y a los pequeños que esperan la palabra de Dios.

Pero cuando nosotros nos presentamos, es Cristo mismo quien en el misterio eclesial se ofrece al Padre: no existe otro sacrificio ni otro amor más que el Suo. Entre Él y nosotros está el misterio de nuestros pecados y de su perdón. Entre Él y nosotros tenéis la traición de Pedro y la misión de Pedro. Entre Él y nosotros tenéis el abandono de los Apóstoles y la tarde de la Pasión y el perdón en el Cenáculo y la fuerza de Pentecostés. Entre Él y nosotros tenéis el misterio de la misericordia que nos transforma.

Debemos comprender qué relación existe entre Cristo y su Iglesia en el misterio eucarístico. Jesús se presenta como una vid, es decir, como una totalidad. La viña, como dice Isaías, es el pueblo de Israel, el pueblo elegido de Dios. Jesús nos dice que Él es la vid y nosotros los sarmientos. Que éramos sarmientos muertos. Se establece el juicio entre nosotros y Él pero la vid que se ofrece y que Dios mira con amor es Cristo mismo que se hace uno con nosotros y nos hace solidarios con Él. Cuando decimos que somos el Cuerpo de Cristo, afirmamos también que Él es la cabeza y nosotros los miembros. Formamos así con Él, indisolublemente, un solo hombre nuevo, hijos de Dios en el Hijo de Dios, habitados por el Espíritu.

La Eucaristía es la acción que Cristo cumple incesantemente en el transcurso de la historia haciéndose presente a través de hombres pecadores. La presencia de Cristo en la historia hoy – como lo fue una vez en Palestina– es particular, localizada, disputada, criticada. ¿No se dijo: “¿De Nazareth puede salir algo bueno?” (Jn 1,46)? Hoy Cristo, ya en la gloria del Padre después de la Pasión, se hace presente en el mundo tomando un cuerpo. Diremos: no somos dignos, y es justo hablar así. Dios habría hecho mejor eligiendo a otros. No somos capaces de llevar esta

fuerza de amor y de reconciliación. Y es el mismo Cristo, en este tiempo nuestro tan oscuro, quien no cesa de forjar la historia del hombre valiéndose de los pecadores, de los violentos, de los traidores, de los falsos, de los hombres ávidos de poseer los bienes de este mundo, y con el poder de Dios se transforma a estos hombres y se hace surgir la santidad y la luz.

La Eucaristía es el don por el cual, en la acción del Espíritu Santo, Cristo no cesa de estar presente hoy y hasta la plenitud de los tiempos. Es el misterio del nacimiento de un cuerpo llamado a participar de la Pasión de Jesús. El Sacramento de la Eucaristía es el corazón de la Iglesia y constituye a la Iglesia en Sacramento. Así la Iglesia, habitada por el Espíritu Santo, celebra el ofrecimiento de Cristo transformándonos en Aquel que recibimos y es por esto que puede ser llamada Sacramento de Cristo. Nosotros lo ofrecemos cada vez como un sacrificio. Y así Jesús, por medio nuestro, está presente en el mundo. Es verdad que no podemos gloriarnos nosotros mismos de semejante Gracia, es verdad que no somos dignos, es verdad que reconocemos en otros, frutos de la acción del Espíritu que consideramos superiores a los que Dios ha sacado de nuestro duro corazón y de nuestra debilidad. Pero también es cierto –como dice San Pablo a los cristianos de Corinto– que Dios eligió a los débiles del mundo para confundir a los fuertes.

Lo que se nos pide es la fidelidad a la Gracia recibida. Hay un juicio de la Iglesia que no es el de la gente, como dice San Mateo en la parábola de los talentos; seremos juzgados por los dones de la Gracia que Dios nos ha dado y por cómo los hemos hecho fructificar. Este es el misterio que perdura a través del tiempo: es Jesús mismo quien nos convoca y quien celebra.

En cada Eucaristía somos pueblo de Dios con la fuerza misma de Cristo. En cada Eucaristía es necesario dejar el querer asegurarse y aceptar el dejarse tomar; dejar de justificarse para acoger de Dios fundamentalmente la justicia y la santidad; dejar de ocupar nuestra mente en explicar el dolor para aceptar al Dios que nos habita. Cada vez que nos reunimos para la Eucaristía cada uno de nosotros es dado a los otros como hermano y don precioso. También si mi enemigo o mi opresor entran conmigo en la Iglesia, debo aceptarlo como hermano a costa de mi propia vida porque es el Padre quien da este hermano a Cristo.

“Amad a vuestros enemigos” no quiere decir “Hacedos amigos”; quiere decir que la caridad es lacerante, crucificante y que no existe amor verdadero sin crucifixión. Si no amamos así, nosotros idealizamos. La verdad del amor es la fuerte verdad de la Pasión de Cristo que nos es comunicada en el misterio eucarístico.

Si esto se ha hecho posible ahora es porque hemos sido bautizados en Cristo y en el Espíritu Santo; el Espíritu de Dios entonces nos habita y nos transforma, nos hace capaces de hacer lo que, como muy bien lo sabemos, no podríamos hacer por nosotros mismos. Dios quiere realizar entre nosotros y por nosotros lo imposible. Y el único modo de hacer lo imposible es dejarse tomar por Cristo.

Somos una Iglesia rica de bienes materiales. ¿Creéis que agrediéndonos los unos a los otros sabremos desprendernos de nuestros bienes para darlos a los pobres? No lo creo. Nos haremos el mal, nos separaremos interpretando al revés la palabra de Dios. ¿Qué podemos hacer? Lo repito: dejándonos tomar por el Espíritu de Dios devendremos aquello que Dios quiere que seamos, hijos de Dios. Extirpará de nuestro corazón la voluntad de poder y lo adherirá al bien si entrando en el misterio eucarístico entramos en el silencio de la oración, en la fidelidad al amor. Dios sabrá entonces transformar nuestros duros corazones, abrir nuestras manos cerradas.

Cristo nos dice: “Sin Mi nada podéis hacer”. No podremos ser justos si abandonamos a Cristo porque en el mundo reina la mentira, el pecado y la muerte. Tenemos que luchar con un terrible enemigo, tenemos que luchar con el enemigo más fuerte, tenemos que luchar con la muerte, con el dinero, con el poder. ¿Qué armas tenemos? Solamente a Cristo.

Recordemos el misterio de la Pasión. Nos adentra en Aquel que afronta solo todos los poderes contrarios que separan al hombre de su verdadera vocación, que le impiden ser hombre e Hijo de Dios. Recordemos cómo obra nuestro Cristo, nuestro Mesías, nuestro Señor, el Hijo amado. Recordemos: está sobre la cruz y sufre el desprecio más grande: “Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz y sálvate”. Y este desprecio lo recibe en el abandono por parte de todas las fuerzas del mundo, por parte de los soldados, por parte de los sacerdotes, de los que pasaban, de los que estaban crucificados con Él, a su derecha y a su izquierda. Recordemos cuál fue en aquel momento su oración. Fue una oración de perdón, de oscura fe, de ofrecimiento. La peor de las ilusiones es creer que se puede vencer a la muerte matando a los hombres; que se puede buscar la paz haciendo la guerra; que se puede obtener el amor odiando a los hermanos.

La única verdad es nuestra vocación: ser llamados y elegidos por Dios para vivir, en este momento de la historia, la Pasión de Cristo. Y Cristo nos sacia con su propia existencia, con su propia carne y con su propia sangre. En cada asamblea eucarística hace de nosotros sus discípulos, nos hace carne de su carne, derrama sobre nosotros su espíritu para que seamos capaces de pelear la misma lucha con la única arma que Dios nos da. Y la liberación, el rescate, la redención del mundo se obrarán con nuestra debilidad.

Somos el Cristo que actúa en el mundo, no por nuestros pecados sino por la fuerza del Espíritu, don del Padre. En nuestra misma indignidad debemos alegrarnos del don que Dios se digna hacer al mundo. Somos dados como Cristo en don, signo del amor del Padre por el mundo: “Dios amó tanto al mundo que le ha dado a su único Hijo” (*Jn 3,16*). Uniéndonos y haciendo de nosotros el cuerpo de Cristo, el Padre nos asocia a este don de amor para que tengamos la fortaleza de su Resurrección ya que el Espíritu está en nosotros. El Padre nos envía al mundo unidos a su Hijo como don y signo de su amor, ofrecido a los ojos del mundo en la Eucaristía, y nos transforma así también a nosotros en sacramento de amor.

La Iglesia puede ser llamada Sacramento de Cristo porque celebra el Sacramento de la Eucaristía; porque Dios revela su poder en nosotros pese a nuestra debilidad; porque con el perdón, Dios muestra la riqueza de su amor; porque reuniéndonos, comienza a manifestar la unidad a la que llama a todos los hombres, sus criaturas y sus hijos, dispersos y atormentados. Querría permanecer con vosotros un instante en silencio para que cada uno agradezcamos a Dios el haber sido sumergidos en la muerte de Cristo y haber tenido parte en su Resurrección; el haber recibido al Espíritu Santo; el acoger de esta manera a hermanos conocidos o desconocidos que siguen a Cristo. Agradezcamos también a Dios cuando estemos tristes, desesperados, amargados, el poder dar el testimonio de la esperanza en el mundo, el ser portadores del único secreto sin el cual el mundo se manifiesta como una vergonzosa demencia; el haber sido llamados a hacernos Cristos en Cristo. Agradezcamos por esta maravilla que es la Iglesia: Cristo que reúne a los hermanos.

Sólo Jesús podía darnos la Buena Noticia, el Evangelio; y es ésta la que recibimos en el misterio eucarístico. La Buena Noticia es ésta: que se nos ha dado el Espíritu. En Cristo Resucitado, Dios no nos ha abandonado a la muerte y a la desesperación sino que su poder obra siempre en este mundo como un fermento poderoso.

Aquél que evangeliza y anuncia el Evangelio es Cristo mismo por el Espíritu que nos da. Aquello que Cristo nos enseña en el Evangelio no lo escuchamos como una ideología o como principios u opiniones que se pueden transmitir por los medios comunes de comunicación. No debemos hacer conocer el Evangelio como maestros, como si dependiera de nosotros el que Dios hable al mundo, como si Dios esperara, para estar autorizado a aparecer, que termine nuestra presentación. No debemos justificar a Cristo. Él en su persona lleva el peso de todos los pecados, de todos los ultrajes, de todas las luchas. Dios mismo se muestra en nuestra debilidad. El Espíritu nos toma y hace de nosotros los testigos de Cristo resucitado. Dios se ofrece y da testimonio en nuestro cuerpo y en nuestra existencia. Recordemos las palabras de Jesús: “... os echarán mano y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y cárceles y llevándoos ante reyes

y gobernadores por mi nombre... porque yo os daré una elocuencia y una sabiduría a la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios” (*Lc 21,12-15*). “Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos...” (*Mt 5,11-12*). “Mas cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué váis a hablar. Lo que tengáis que hablar se os comunicará en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará en vosotros” (*Mt 10,19-20*).

El testimonio de la Iglesia no reclama un examen de conciencia: pide una conversión. Si comprendemos que la Palabra que debe habitar en nosotros es transmitida por nuestros labios, debemos primero rogar a Dios que abra nuestro corazón y se poseione de nosotros para testimoniar la virtud. Mirad lo que sucede en Rusia, por ejemplo, si se ha podido disponer un mayor orden y una mayor justicia por medio de la razón y de la fuerza del hombre. La verdad del Evangelio se va transmitiendo desde los antepasados. Los pobres y los humildes se han hecho fuertes de vida para los sabios y poderosos. Dios adopta los medios más desconcertantes a los ojos del mundo.

Esto no quiere decir que a nosotros nos queda cruzar los brazos y esperar que las cosas se hagan por sí. Pero no haremos nada si no reconocemos en primer lugar que Aquel que habla con nuestra boca es Cristo mismo que nos da el Espíritu. Sólo éste es el anuncio profético del Evangelio al cual estamos llamados haciéndonos Profetas con Jesús, único Profeta.

Debemos aceptar que el misterio eucarístico, apoderándose de nosotros y transformándonos, sea la fuente del anuncio del Evangelio y de la fuerza con la cual Dios nos hace capaces de completar la obra de Cristo.

Si entramos en esta fidelidad, participamos de la Pasión de Cristo. No es posible que el anuncio del Evangelio al mundo pueda hacerse triunfalmente: “El siervo no es mayor que su señor. Si a Mi me han perseguido, también os perseguirán a vosotros (*Jn 15,20*). Somos portadores de un amor demasiado fuerte para que podamos ilusionarnos de difundirlo con gran facilidad. Somos portadores del amor que engendra un mundo nuevo. La historia que estamos construyendo es aquella en la cual obra la virtud de Dios; en ésta debemos obrar y deben encontrarse hombres resueltos para afrontar las grandes dificultades.

Es ésta la fuente del más profundo y fuerte realismo que Dios espera de nosotros. No quiere que seamos hombres de la esperanza burlada, no quiere que tengamos nostalgia del paraíso perdido, no quiere hacer de nosotros vendedores de ilusiones. Quiere, por su Gracia, hacernos testigos de una esperanza invencible. La prueba de esta esperanza es que afronta la contradicción.

En nuestra época, hasta la llegada de la plenitud de los tiempos, es necesario asumir la alegría que renace cada día, la alegría de los discípulos que saben que están asumidos por Cristo, que Cristo los acompaña, les da la Gracia de la fecundidad, la alegría de los hijos que Lo reconocen como único Padre, el Padre Celestial, la alegría de quien está habitado por el Espíritu y que puede anticipar en este mundo la libertad del Reino.

La prueba de que la Iglesia recibe de Dios esta misión es el misterio eucarístico, el llamado que Dios hace a quienes son ordenados sacerdotes y testigos de la imagen de Cristo presente en el mundo.

Vivimos en nuestro mundo, en nuestro país, horas difíciles que no son, probablemente, más difíciles que aquéllas que otros vivieron y que han sido conocidas en otros tiempos. Este tiempo es el nuestro. Este es el que nos ha sido dado. Debemos trabajar hoy. Dios nos llama.

Cumpliremos así la obra de Dios, la obra del Padre, si nos dejamos transformar por el Espíritu. Cristo entonces nos otorgará el dar frutos y frutos que permanezcan. El momento es favorable;

una vez más la hora ha llegado. Dejémonos tomar por la fuerza de Dios porque ésta es nuestra vocación.

Francia